

retábanla, caballeros
de Dios todopoderoso.

Erraban en noche oscura,
cual pálidos meteoros,
y en su majestad siniestra
hallaba el misero apoyo.
Eran justos y terribles;
buenos, pero tenebrosos;
y aunque amparaban al pueblo,
los miraba el pueblo atónito,
con el respeto que inspira
todo lo maravilloso.

Porque siempre infunde miedo
quien va pensativo y solo,
cuando ruge el viento, y vierte
la lluvia el raudal sonoro,
de la selva pavorosa
por los breñales recónditos.

Mudos pasaban, terribles,
bajo la celada el rostro,
y semejantes, á veces,
á satánicos abortos.

Sobre sus yelmos deformes
erguianse horrendos monstruos;
nadie sabía su origen,
su patria y su nombre propio.
—«¿Quiénes son? ¿De dónde vienen?»
decían viejos y mozos.

—«Son los que todo lo juzgan;
los que lo castigan todo.»
Y de la visión tenían
el vago y triste contorno.

Jinetes infatigables,
caminantes sin reposo,
doquiera aquellos espectros
brotaban pálidos y hoscos,
doquiera la aguda lanza
de robustísimo tronco
al hospitalario muro
arribaban victoriosos,
surgía el temor extraño
de los lugares remotos.
Este, del Tajo venía;
del Rhin ó el Nilo aquel otro;

la Muerte, frío esqueleto,
seguía sus pasos todos.

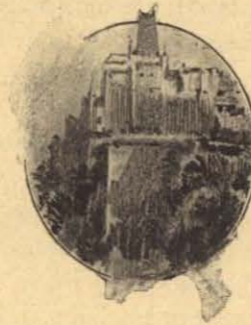
Oíanse en los relinchos
de sus corceles indómitos
el mar con sus tempestades,
la selva con sus sollozos;
y á todos los cuatro vientos
preguntaba el vulgo tosco
si rey de Bretaña ó Persia
era el caballero incógnito;
si venía de las altas
cumbres ó los valles hondos,
si los pueblos que venciera
eran paganos ó moros,
y los monstruos extirpados
fieras, gigantes ó gnomos.

Los nombres de algunos de ellos
llegaron hasta nosotros;
Amadises se llamaban
y Rodomontes y Astolfos.
Venían de Tierra Santa,
cubiertos aún con el polvo
de titánicos combates;
ó de los desiertos hórridos
del Africa. Allá en las Indias
eran reyes poderosos;
aquí, en Europa, barones.
Y al blandir su lanza, en torno
resplandecían banderas
y lauros, cetros y solios,
guerras, triunfos, epopeyas,
reyes, dioses y demonios.
Pensaba el villano, al verlos
pasar, en ciudades de oro,
Tiro, Heliópolis, Bizancio,
Bagdad, soñados emporios!

Del Norte ó del Mediodía
surgían, el dragón rojo
llevando, ó las negras hidras
en sus blasones simbólicos.
Seguían siempre la senda
del deber, y al rumor sordo
de sus pasos incesantes
se unían, de extraño modo,

en su eterna correría
la obscuridad y el asombro.
Cruzaban bosques y sierras,
surcaban mares y golfos,
procedían de tan lejos

que inspiraban miedo á todos;
y en su blasonado escudo
veíase, allá en el fondo,
la inmensidad pavorosa
de los horizontes lóbregos.



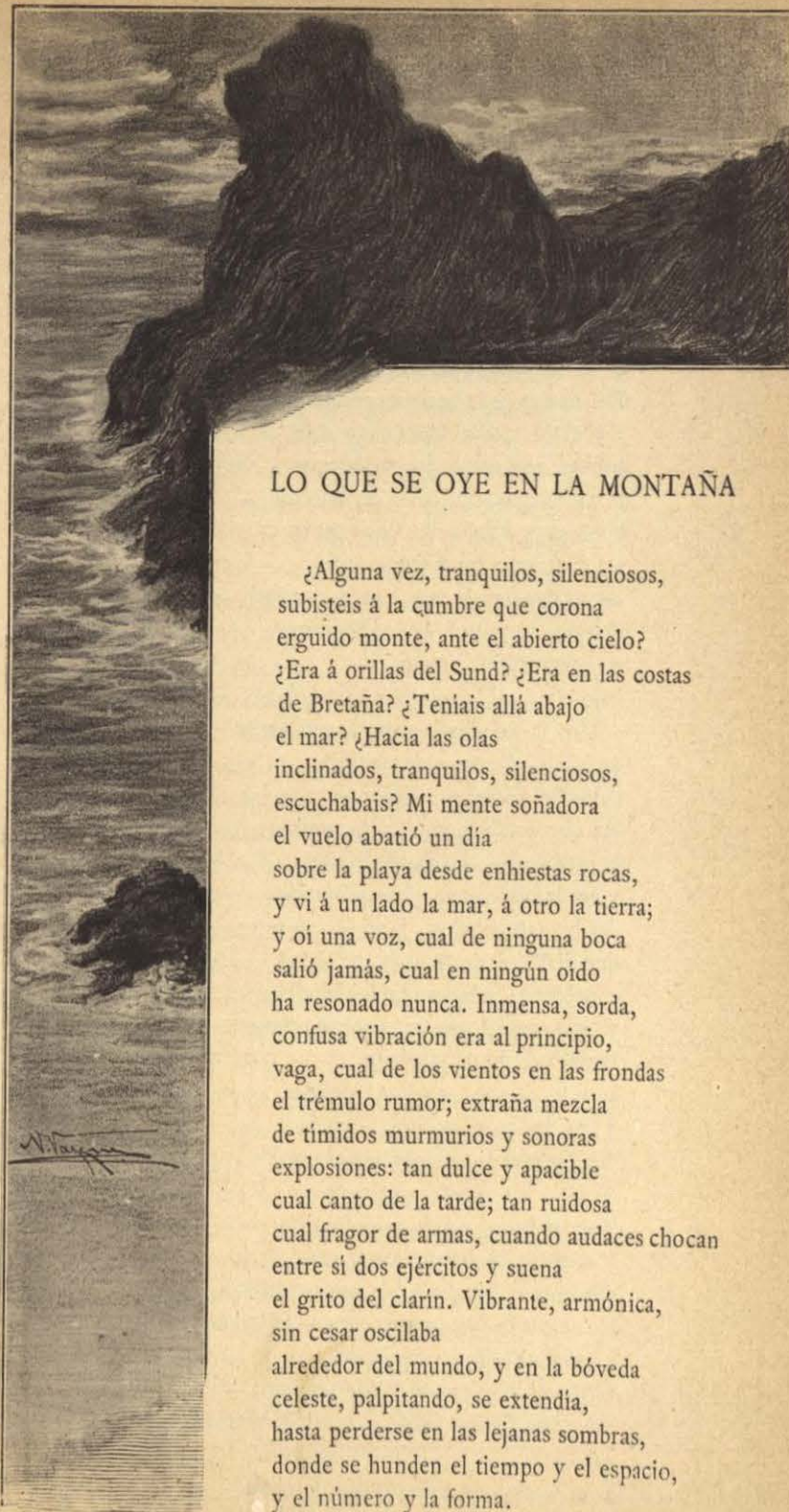
AMOR

El amor es la vida.
 Cuando del hombre misero se aleja
 la juventud querida,
 cuando nada en el mundo le ilusiona,
 un recuerdo de amor sólo le aqueja,
 sólo llora el amor que le abandona.
 La hermosura es la frente,
 y el amor la corona refulgente;
 deja que yo te ciña esa corona.

Lo que llena nuestra alma no es el oro,
 no es la anhelada gloria,
 nombre hueco y sonoro;
 no es la ambición, que con afán profundo
 tras ventura ilusoria,
 ávida roe la corteza amarga
 de las cosas del mundo.

Lo que al ansioso corazón embarga
 con plácido embeleso,
 es la unión de dos almas, una mano
 con otra mano trémula enlazada;
 el amoroso beso;
 lo que ve una mirada
 de otra mirada en el secreto arcano;
 los cantos que al compás de oculta lira
 nuestro anhelante corazón suspira.

Todo tiene su ley; todo en la tierra
 sigue obediente misterioso instinto.
 En estrecho recinto
 para todos encierra
 la vida inexorable el horizonte.
 Todos un centro de atracción tenemos:
 su batel y sus remos
 el pescador; el cisne el limpio lago;
 las águilas las cúspides del monte;
 y las almas, oh amor, tu dulce halago.



LO QUE SE OYE EN LA MONTAÑA

¿Alguna vez, tranquilos, silenciosos,
 subisteis á la cumbre que corona
 erguido monte, ante el abierto cielo?
 ¿Era á orillas del Sund? ¿Era en las costas
 de Bretaña? ¿Teniais allá abajo
 el mar? ¿Hacia las olas
 inclinados, tranquilos, silenciosos,
 escuchabais? Mi mente soñadora
 el vuelo abatió un día
 sobre la playa desde enhiestas rocas,
 y vi á un lado la mar, á otro la tierra;
 y oí una voz, cual de ninguna boca
 salió jamás, cual en ningún oído
 ha resonado nunca. Inmensa, sorda,
 confusa vibración era al principio,
 vaga, cual de los vientos en las frondas
 el trémulo rumor; extraña mezcla
 de tímidos murmurios y sonoras
 explosiones: tan dulce y apacible
 cual canto de la tarde; tan ruidosa
 cual fragor de armas, cuando audaces chocan
 entre sí dos ejércitos y suena
 el grito del clarín. Vibrante, armónica,
 sin cesar oscilaba
 alrededor del mundo, y en la bóveda
 celeste, palpitando, se extendía,
 hasta perderse en las lejanas sombras,
 donde se hunden el tiempo y el espacio,
 y el número y la forma.

Por aquel himno eterno
envuelto el mundo, cual en nueva atmósfera,
vogaba en dulce ambiente de armonía,
cual en los aires voga.

De las arpas del éter escuchaba
la suave pulsación, y mi alma absorta,
se abismaba en la música inefable,
como en un mar que inmenso nos ahoga.

Pronto dos voces distinguí distintas
en la voz que sonaba misteriosa.
Del mar y de la tierra se elevaban,
y al cielo, cual si fueran una sola,
subían, entonando las dos juntas
el canto universal; y en las estrofas
confusas y veladas de aquel canto
yo distinguía las diversas notas;
así, el agua en el mar á veces vemos
que dos corrientes separadas forma,
y nuestros ojos siguen
bajo el cristal la dirección que toman.

Una de aquellas voces, voz solemne
de júbilo, de paz y de victoria,
subía del Océano, y coloquio
era que entablan entre sí las ondas;
la otra voz se elevaba de la tierra,
y era la resonancia triste y hórrida
del humano clamor. Y en el concierto
que fijaba tenaz mi atención toda,
conservaba cada uno de los hombres
y cada ola del mar su expresión propia.

Lanzaba el hondo piélago
su voz triunfal, solemne, jubílosa,
y cual las arpas de Sión, cantaba
del Creador las admirables obras.
Al cielo sus acordes elevaban
blandas brisas y ráfagas indómitas;
y al abatir las frentes arrogantes,
que ante el Supremo Sér solo se doblan,
las montañas de espuma, otras se alzaban
á repetir el cántico de gloria.

Como el león enorme, que tendido
vió á sus plantas Daniel, las voces broncas
bajaba el mar, sus bríos reprimiendo,
y en la púrpura ardiente que arrebola

el crepúsculo, ver creí la mano
de Dios pasar por sus melenas rojas.

Y á la vez que esa grave melopea,
la otra voz, estridente, estrepitosa,
agria, como selvático relincho
de espantado corcel, como de lóbrega
puerta infernal los rechinantes goznes,
como el arco de hierro cuando roza
de lúgubre violín las duras cuerdas,
también sonaba; y maldiciones locas,
llantos amargos, lúgubres blasfemias,
rugidos de dolor, gritos de cólera,
pasaban, como pasan sobre el valle
en siniestras bandadas, entre sombras
las aves de la noche; y en su estruendo
vibraban voces mil. ¿Qué espantadora
tempestad era aquella? Eran los hombres]
llorando sus congojas.

¡Hermanos! De las dos tremendas voces
que incesantes al cielo se remontan,
y que allí, por los siglos de los siglos
renovando la queja dolorosa,
oye inmutable Dios, una decía:
NATURALEZA; HUMANIDAD la otra.

Entonces medité. Nunca mi espíritu
desplegó tanto el ala voladora;
jamás en las tinieblas de mi mente
penetró tanta luz. Y largas horas
soñé. Pensaba en el obscuro abismo
que oculta el mar bajo el brillante aljófár,
y en la sima sin fin del pecho humano.
Preguntaba cuál es, de hombres y cosas
el principio y el fin, cuál su destino;
qué hace el alma en la vida, y qué bien logra;
de existir ó vivir, en este mundo
qué es lo que vale más, y más importa;
y por qué Dios, el único que entiende
su libro, junta en disonancia odiosa
de la Naturaleza el himno augusto
á la queja del hombre aterradora.

UNA FLOR

Por ti arranqué esta flor en la colina.
 En la rota ladera
 que sobre el mar se inclina,
 donde no más el águila altanera
 su raudo vuelo posa,
 crecía entre peñascos. Misteriosa
 bañaba el promontorio sombra fría;
 y tintos en cambiantes resplandores,
 allá, al ocaso fúnebre, veía
 condensarse rojizos los vapores.
 Destacaba en el mar lejana vela
 su dudosa blancura,
 y en el valle, á mis pies, techo sombrío
 negro se alzaba en la tiniebla oscura.
 ¡Oh! Para ti, bien mio,
 arranqué en la colina esta flor pura.
 Pálido es su color, tenue su aroma;
 de la salobre mar creció á la orilla
 entre las quiebras de escarpada loma.
 Pero la vi y le dije:—«Flor sencilla,
 mustio el vástago verde,
 caerás al hondo abismo
 do el rio acaba y el bajel se pierde;
 en su pecho desmaya, que es lo mismo;
 un corazón abismo es más profundo;
 muere en su seno, en que palpita un mundo.
 Dios te creó para la mar bravia;
 yo te doy al amor.» Las turbias olas
 hinchaba el viento. Del muriente día
 sólo quedaban ya las aureolas
 con que al ocaso viste
 el sol desde otros cielos. ¡Oh, cuán triste,
 cuán triste me sentía,
 meditando allí á solas
 y absorbiendo en el alma
 el negro abismo y la solemne calma!

ESPECTÁCULO TRANQUILIZADOR

Todo es júbilo, y luz, y resplandores;
 la araña diligente
 á los pétalos cuelga de las flores
 tenues blondas de nácar transparente.

Contempla la libélula extasiada
 el estanque profundo,
 donde hierve en el agua sosegada
 de seres microscópicos un mundo.

La rosa con los lirios seductores
 tiene dulces porfias;
 y en el ramaje, lleno de fulgores,
 canta el pájaro, henchido de armonías.

Canta, y bendice á Dios, que á quien lo llama
 escucha siempre atento;
 que da la aurora, párpado de llama,
 á la pupila azul del firmamento.

El soñador cervato, mudo huésped,
 cruza el bosque sonoro,
 y en estuche de seda guarda el césped
 el viviente joyel de insectos de oro.

Pálida, como enferma, que á la vida
 vuelve, la luna hermosa
 los claros ojos abre adormecida
 donde la eterna luz arde amorosa.

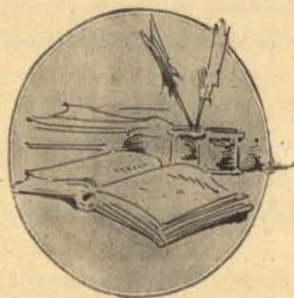
Los alhelies juegan con la abeja
 allá en el pardo muro;
 y el largo surco, que trazó la reja,
 remueve el grano, germinando obscuro.

Pósase dulcemente en el abierto
 campo la pura lumbre;
 la fugaz sombra en el raudal incierto,
 y el cielo azul en la elevada cumbre.

Charla el bosque, murmura la maleza,
la flor se abre y se engríe...
Hombre, ¿por qué dudar? Naturaleza
el arcano conoce, y se sonríe.

VISIÓN DE DIOS

El soñador profeta
que meditaba en Patmos, y leía
con la mirada inquieta
caracteres simbólicos escritos
allá en los horizontes infinitos,
dijo á su águila un día:
«Llévame á ver á Jehová.» Su anhelo
el águila cumplió; lo llevó al cielo,
y entró Juan, tembloroso, en la morada
que al serafín asombra.
La grandeza de Dios ilimitada
llenábala de sombra.



TEÓFILO GAUTIER